

DISCURSO

LEÍDO ANTE

SUS MAJESTADES Y ALTEZAS REALES

POR EL

EXCMO. SR. D. JUAN VALERA

EN JUNTA PÚBLICA CELEBRADA POR LA REAL ACADEMIA ESPAÑOLA
EL DÍA 13 DE MAYO DE 1900

CON MOTIVO DE LA TRASLACIÓN DE LAS CENIZAS

DE

Goya, Meléndez Valdés, Fernández de Moratín
y Marqués de Valdegamas.



MADRID

EST. TIPOGRÁFICO «SUCESORES DE RIVADENEYRA»

IMPRESORES DE LA REAL CASA

Paseo de San Vicente, número 20

1900

NA: 345138

A.: 53.709

860 "18"

Literatura española - s. 19



IN VERITATE
LIBERTAS

UNIVERSIDAD SAN PABLO CEU
BIBLIOTECA
GIL MUNILLA

GM/589

DISCURSO

DISCURSO

LEÍDO ANTE

SUS MAJESTADES Y ALTEZAS REALES

POR EL

EXCMO. SR. D. JUAN VALERA

EN JUNTA PÚBLICA CELEBRADA POR LA REAL ACADEMIA ESPAÑOLA
EL DÍA 13 DE MAYO DE 1900

CON MOTIVO DE LA TRASLACIÓN DE LAS CENIZAS

DE

Goya, Meléndez Valdés, Fernández de Moratín
y Marqués de Valdegamas.



MADRID

EST. TIPOGRÁFICO «SUCESORES DE RIVADENEYRA»

IMPRESORES DE LA REAL CASA

Paseo de San Vicente, número 20

1900

SEÑORES :

Su Majestad el Rey honra y visita hoy esta casa, y en la aurora de la vida presta á nuestra junta pública el esplendor que la alegra y en cuyos destellos tempranos se columbra ya, para bien de la nación, el pronto cumplimiento de consoladoras esperanzas. Su augusta madre, la Reina Regente, viene acompañándole. Ambas Majestades van á realzar, por su intervención, la concertada y conmovedora ceremonia de premiar la virtud modesta con solemne reconocimiento, duradero testimonio y galardón merecido.

Mucho me lisonjea la confianza con que se me distingue encomendándome la redacción de un discurso para tan solemne ocasión, pero temo mostrarme harto inhábil, ya que sobre mi corta aptitud vienen á ponerse, con grave pesadumbre, mi ancianidad y mis dolencias. De todos modos, al pedir la venia para usar de la palabra, y al impetrarla de las augustas personas aquí presentes, les pido también la indulgencia de que sin duda habrán menester mis faltas; indulgencia que espero alcanzar en el ánimo de la egregia Señora que nos preside, porque su amor inteligente á nuestra literatura la induce y mueve á mitigar la severidad de su juicio. Y sin

duda, en S. M. la Reina vive este amor y se consagra con singular preferencia á las letras españolas, no ya sólo en el día, en que nuestra patria es la suya, sino desde antes que abandonase su tierra natal y el seno de su familia, cuyos ascendientes reinaron en España durante dos siglos de elevada fecundidad de pensamiento. Ya en aquella Corte, que dejó para reinar en la nuestra, aprendió S. M. á estimar nuestra poesía, tan admirada é imitada por Francisco Grillparzer, popular poeta; por Fernando Wolf, sabio y entusiasta historiador de sus glorias, y por Adolfo Mussafia, tan profundo conocedor de los orígenes y del ser del rico y sonoro idioma en que dicha poesía está escrita. Con la protección y amparo de aquella Corte descolló el compositor excelente á quien inspiró sus más dulces y melodiosos cantos y sus más aterradoras armonías el héroe tradicional ó fantástico levantado por vez primera en la escena por el ingenio de aquel dramaturgo español, que vencería á todos si el que apellidamos Fénix no hubiera existido. Y en los teatros imperiales y regios de aquella Corte, nuestra Reina hubo de ver representadas con mayor frecuencia, con aplauso vivo y con más pompa y aparato escénico que en España, las obras inmortales de Lope, de Calderón y de Moreto.

Disipado un poco mi temor por las razones y motivos expuestos, y alentado mi espíritu por la benevolencia soberana, me atrevo á emprender y á llevar á cabo mi tarea.

Con ocasión de la venida á España y á esta villa de Madrid de los restos mortales de cuatro españoles famosos en artes y letras, y que han de reposar ahora en sepulcral monumento que la nación les dedica, nos hemos reunido para honrar la memoria de dichos claros varones y para recordar con gratitud y amor el valor de sus obras, apreciándolas, no obstante, sin hipérbole y con justicia.

Sobre uno de los cuatro personajes sería para mí más difícil disertar que sobre los otros tres, si tuviera que atenerme á mi propio juicio, porque carezco de los conocimientos técnicos que pudieran servirme de guía, y en todo fallo dado por mí faltaría la autoridad conveniente.

Por fortuna, el mérito del personaje á que aludo ha sido ya tan acrisolado por la crítica y tan reconocido y ensalzado en toda Europa, y se halla tan por cima de controversias y de dudas, que me bastará afirmar sin aducir pruebas, conformándome con la general opinión para cumplir mi encargo, otorgándole justa alabanza, y para que todos cuantos me escuchan convengan con mis asertos.

Acerca de los grados de elevación de los tres personajes que se distinguieron por sus letras, entiendo yo que puede discutirse no poco; pero en vista del universal y concorde asentimiento, es indiscutible el alto valer del personaje que floreció como artista; medida está con exactitud su grandeza y están pesados los quilates de su gloria.

De D. Francisco Goya y Lucientes puede afirmarse, sin recelo de que nadie lo contradiga, que fué un gran pintor; pero de D. Juan Meléndez Valdés y de D. Leandro Fernández de Moratín, no nos atrevemos, sin previa y detenida demostración, á decir, por mucho que los estimemos, que fueron dos grandes poetas.

No es menester aducir pruebas y razones, que nadie desconoce ni impugna, para colocar á Goya al nivel de los más egregios pintores que florecieron en España en la dichosa edad de nuestra preponderancia política y de nuestra expansión civilizadora por el mundo. Al lado de Velázquez, Murillo y Ribera, se levanta el pintor aragonés, y venido en en época de postración grandísima, cuando parecía que el genio de las artes nos había abandonado, prueba que el genio de las artes vive aún entre nosotros, despierta de largo

y profundo sueño, y abre nuevos caminos por donde él y los que siguen sus huellas han de ir á alcanzar lauros inmarcesibles y vencedoras palmas.

Estuvo Goya dotado de originalidad tan castiza como la de los otros tres grandes pintores. No pudo eclipsarla ningún extraño influjo, ora procedente de la clásica antigüedad y de la admiración que infunde, ora importado de Italia, de Francia ó de otros países. Y esta originalidad, por otra parte, no hace de él un mero continuador ó renovador de antiguas escuelas, porque el exclusivo y propio sello de la originalidad del individuo, le separa y distingue de Velázquez, de Murillo y de Ribera, y le da el aspecto y el carácter de la diferente edad en que vivía, con otras ideas y sentimientos, y con nueva manera de ver, de comprender y de representar las cosas.

Goya, pues, aparece en la historia del arte español como espléndido faro que alumbra su renacimiento y proyecta luz inextinguible sobre la senda que van siguiendo y siguen cuantos dan testimonio de que el arte no ha muerto en España, y mantiene viva la esperanza de que ha de florecer todavía con inagotable y nativa riqueza.

Por lo demás, no ya mi desautorizada palabra, sino la más elocuente disertación sería inadecuada y tendría poca fuerza persuasiva, ahora que están reunidos y expuestos al público cuantos cuadros de Goya hay en Madrid, para justificar el elogio que aquí les damos.

Con mayor detenimiento me importa tratar de los dos poetas ya mencionados, que vivieron en la misma época de pintor tan célebre, y á quienes con la franqueza que me es propia y que temo que alguien califique de inoportuna y desabrida, no me he atrevido á llamar grandes; pero yo diré en mi abono, que toda alabanza que no esté previamente justificada, perjudica tanto como la más acerba censura á las personas sobre quien recae.

Debe entenderse asimismo, que para tasar en su valer los merecimientos de escritores y de poetas, se requiere el estudio de la edad en que florecieron; porque los escritores y los poetas, aun sin llegar á ser grandes, sin ser preconizados como *genios*, vocablo de moda que hoy tanto se usa, y del que hoy tanto se abusa, pueden bien ser ensalzados como felices sustentadores de la cultura patria, cuya antorcha avivan con resplandor nuevo, al transmitirla á otras generaciones.

Sin investigar por mí mismo las causas, y sin aceptar tampoco el resultado de ajenas investigaciones, muchas y muy opuestas y que nada me satisfacen, es lo cierto que la original cultura de España, tan predominante y estimada en el mundo, á par de nuestra política y de nuestras armas, durante un período casi de dos siglos, se había torcido y viciado y había caído en postración al terminar el siglo xvii de nuestra era.

No nos incumbe aquí hablar de los fundamentos de aquella civilización tan floreciente primero y después con tanta rapidez decaída. Tal vez las doctrinas de los filósofos, teólogos y jurisconsultos que la informaron con su espíritu y los actos de los políticos que la sostuvieron en España, en las extensas regiones sujetas á su imperio y en el resto del mundo, no estén aún debidamente juzgados. De nuestra literatura, con todo, aunque tengamos que prescindir de sus fundamentos, puede afirmarse no poco tan ajustado á la verdad que no haya recelo de promover contradicciones.

La sencilla y espontánea poesía épica de nuestros romances y la pasmosa fecundidad de nuestro teatro, el más rico del mundo, tienen el sér, la vida y la marca indeleble del carácter propio de la nación en quien y para quien fueron creados.

Aunque ignoramos las causas, el efecto es innegable. El

espíritu español se había pervertido y abatido; pero no había muerto. Su vida es inmortal y debía reaparecer y reapareció con nuevos modos de pensar y de sentir, de acuerdo con los tiempos nuevos y con las mudadas condiciones del mundo. Mas no por eso se puso en desacuerdo con el sér sustancial que tuvo y tiene, ni tomó tan extraordinario aspecto que dejase de mostrar su íntima conexi6n y su fraternidad con lo antiguo.

Yo creo que al volver á su patria los restos mortales de D. Juan Meléndez Valdés y de D. Leandro Fernández de Moratín, la primera satisfacci6n que debemos dar á sus almas, á fin de honrarlas honrándonos, es que fueron tan españolas como quieren serlo nuestras almas. Sin enmudecer y sin ser anacrónicas, conservaron su condici6n castiza, y no fué menester que adoptasen ideas y sentimientos de otros países, reproduciéndolos servilmente en sus obras.

Nadie niega la hegemonía intelectual de Francia ni el magisterio que durante el siglo XVIII ejerció en toda Europa; pero el sentir y el pensar que dió ser á las doctrinas que ese magisterio divulgaba, no fueron exclusivos de Francia. Malos ó buenos procedían de toda la civilizaci6n europea y habían nacido y llegado á completa madurez en el momento prescrito, como el fruto sazonado aparece en el árbol. Pero si bien á Francia tocó en suerte cosechar mejor este fruto, repartirle y darle á gustar, y si bien Francia formuló con mayor brillantez el pensamiento de aquella época, todavía su influjo distó mucho de ser tan grande como se ha supuesto. Ni en Inglaterra, ni en Italia, ni en España, desnaturalizó el espíritu nacional, ni produjo soluci6n de continuidad en su histórico desenvolvimiento.

En España, donde tal vez nuestro engreimiento nos había aislado y nos había cegado para no ver ni aceptar ciertos progresos, y donde el ímpetu y la abundancia de la inspira-

ción propia habían roto todo freno y traspasado toda medida, fué un bien que aceptásemos los preceptos y las reglas de una crítica venida de fuera, no para reprimir un torrente que ya se había secado, sino para abrir á la inspiración nuevo cauce.

En nada mejor que en la poesía lírica se advierte que el renacimiento brotó de las propias raíces de nuestra cultura, salvo el esmero con que se podó la planta limpiándola de su agreste y vicioso ramaje.

Nuestros líricos del siglo XVIII no imitaron ni tomaron por modelo la poesía francesa de entonces, tan diferente siempre de la nuestra y que aún no había subido á la altura que hoy tiene, ya que el primero en encumbrarla fué Andrés Chenier, apenas conocido por sus obras hasta muchos años después de su temprana y trágica muerte.

Nuestros líricos del siglo XVIII siguen las huellas de nuestros líricos del siglo XVI, y si algún influjo extranjero se nota en ellos es el influjo de Italia, que en el siglo XVI fué mayor todavía.

¿Qué hubo en el amable y dulcísimo Fr. Diego González que no naciese de su propio ingenio encendido en el entusiasmo que le inspiraban Fr. Luis de León, su maestro, Garcilaso y otros egregios poetas de nuestro siglo de oro? ¿Á quién imitó el alegre y risueño Iglesias que no fuese español? ¿El heroico y bondadoso Cadalso, aunque criado y educado en París, no se parece más que á cualquier vate exótico á D. Esteban de Villegas? ¿En qué autor francés pudo inspirarse ó se inspiró Jovellanos al componer sus enérgicas y hermosas sátiras, donde, si por el asunto coincide con Parini, es tan otro por el estilo, primoroso y afiligranado en el vate de Italia, y nerviosamente conciso en el de España?

Tales fueron los amigos, maestros y protectores de don

Juan Meléndez Valdés, personificación completa de la renacida poesía española y maestro dichoso de otros líricos, entre los cuales hay alguno que se le adelanta con más firme y atrevido vuelo.

Para disipar los prejuicios y erróneos conceptos con que se ha juzgado hasta hoy la literatura española del siglo XVIII, conviene notar que no nació ni creció como planta cultivada en invernáculo merced al cuidado de príncipe poderoso que trajo su semilla de suelo distante y la sembró y la cuidó con esmero en artificiales jardines para su regalo y adorno. Carlos III fué por cierto el más paternal y bien intencionado de aquellos monarcas de entonces que se preciaban de filántropos, que amaban el progreso y que se afanaban por lograr la mayor cultura y por realizar reformas y adelantos en los Estados que gobernaban.

Sin duda el buen intento del Rey importó mucho en el florecimiento que hubo en su reinado, pero de poco hubiera valido si la nación no hubiera estado dispuesta y hasta ansiosa de despertar á nueva vida.

Más bien que en la capital y no bajo el amparo áulico y cortesano, sino en ciudades distantes, en los campos y en las aldeas, empezó á florecer de nuevo nuestra cultura, demostrando así que era espontánea y no importada ni debida á regio ni oficial auxilio.

En el antiguo foco de las ciencias y de las letras españolas, decaído ya y hasta menospreciado, en Salamanca, puede decirse que amaneció el nuevo día. En la soledad del claustro y no en los palacios de Madrid, y en el mismo apartado huerto donde tuvo ó imaginó tener sus admirables diálogos el autor de *Los nombres de Cristo*, se inspiró Delio, celebró la hermosura de los campos y cantó sus inocentes amores.

Favorecido y animado por Delio, por Jovino y por Dalmiro, porque entonces tomaban los vates nombres pastor-

les fingiendo una Arcadia ideal, templó y pulsó Meléndez su lira y entonó sus bellas canciones, que no enamoraron sólo á las ninfas del Tormes y del Zurguén, sino que, difundién-dose en ráfagas sonoras, llegaron á las orillas del Betis y des-pertaron á las musas de Andalucía, moviéndolas y alentán-dolas con amor y con emulación fecunda y dichosa.

No fué, con todo, de esta única suerte el renacimiento. No apareció sólo en un punto, sino en varios, conservando su ín-dole tradicional y castiza, aunque pugnase siempre por co-rregir extravíos y errores pasados.

Este fué el propósito que al mal llamado pseudo-clasicis-mo le tocó realizar. En este sentido D. Leandro Fernández de Moratín representa el primer papel y descuella entre los escritores y poetas de su época, si se prescinde de Quintana, de Nicasio Gallego y de algún otro, los cuales, aunque fue-ron contemporáneos de Moratín, en el orden dialéctico pue-den considerarse y estimarse por sucesores suyos.

Dentro de la apacible y sosegada evolución del ingenio español, y hasta para poner mesura y concierto en los impe-tuosos arranques que las conmociones políticas trajeron más tarde, valieron de mucho el reposado y sereno juicio, las re-glas y los preceptos y el buen gusto, de que fué Moratín hábil defensor y adalid valeroso.

Y no es esto decir que antes de Meléndez y de la escuela sevillana, se hubiesen perdido del todo ó enturbiado las abundosas fuentes de que nuestra literatura había brotado en los dos anteriores siglos. Nadie da tan claro testimonio de la persistencia de esas fuentes y de que su caudal co-pioso manaba aún con limpieza y frescura, como el ilustre padre del ingenioso escritor y poeta que ahora celebramos. Con resplandor evidente lo demuestran sus populares quin-tillas de la fiesta de toros en Madrid, sus romances moris-cos, como el de *Abdelcadir* y *Galiana*, en nada inferiores

á lo más inspirado de nuestro antiguo romancero; el magnífico romance histórico de la empresa de Micer Jaques Borgoñón; el canto épico de las naves de Cortés, y hasta la elegante y graciosa oda pindárica *Á Pedro Romero, torero insigne*.

Otra fué la misión, permítaseme el empleo de tan enfático vocablo, que tuvo que cumplir D. Leandro Fernández de Moratín, y que dejó discretamente cumplida. Acérrimo impugnador del olvido de las reglas, se diría que barrió el camino que siguieron luego nuestros buenos escritores, apartando de él las malezas que estorbaban el paso para llegar á la meta y alcanzar el triunfo.

Las varias aptitudes de Moratín le hicieron digno de no corto aprecio. Fué erudito investigador de nuestra historia literaria en sus *Orígenes del teatro*; crítico y ameno prosista en la *Derrota de los pedantes*, cuyo estilo y cuyo lenguaje son un modelo de corrección y de gracia; agudo observador, fiel y atinado en la pintura de caracteres y pasiones, sobrio cuando no profundo y rico en chistes urbanos en *El café* y en *El sí de las niñas*; y fué poeta satírico de nada comunes alientos y sal ática en su *Lección poética* y en sus versos *El filosofastro*.

Cierta delicada sensibilidad que en sus comedias se nota, todavía da más pura muestra de sí en algunas de sus poesías líricas, como en la *Elegía á las Musas*, y más aún, porque no se combina con la menor sospecha de egoísmo ni de orgullo, en aquella breve composición en endecasílabos libres que escribió, á modo de epitafio, en alabanza del modesto y candoroso D. Francisco Gregorio de Salas.

Todas las obras de Moratín están animadas de generosos afectos que las hacen simpáticas hasta para aquellos que no aceptan las doctrinas que dichas obras sostienen.

Á mi ver, el vicio de escribir es el menos perjudicial de

todos los vicios. Cuando no se emplea en denigrar por envidia ó venganza, ó en infundir susto para alcanzar posición ó dinero, no hay vicio más falto de picardía. Poco mal hace quien escribe mal en verso ó en prosa. Con no leerle queda de sobra castigado. De aquí que á primera vista acaso desaprobemos en *El café* la cruel intolerancia de D. Pedro, sólo mitigada porque Moratín, con la riqueza de su imaginación y sin real sacrificio pecuniario, nos representa á don Pedro muy rico y muy dadivoso. Aun así no tienen bastante disculpa la profunda humillación y el duro desengaño del infeliz D. Eleuterio. Lo único que no sólo disculpa sino que realza á Moratín, es su amor grandísimo al arte, la fe que tiene en su importancia y su deseo de que viva independiente.

Inspirado por sentimientos análogos, compuso Alfieri su libro *Del príncipe y de las letras*, amonestando á los escritores para que no fiasen su bienestar y sustento á la protección y á los favores de un encumbrado magnate, y para que tomasen oficio, si era menester humilde y mecánico, á fin de ganarse la vida, quedando así en plena libertad de emitir sus ideas, sin adular á un Mecenas y sin ocultar por interesados respetos lo mejor y lo más alto de lo que pensaban y sentían. Nada más incómodo y triste que tener que adular y que depender de alguien.

Bien lo declara el altísimo poeta cuando dice:

Come sa di sale
Lopane altrui e come è duro calle
Lo scendere e il salir per l'altrui scale.

Pero á pesar de esto, y atreviéndome yo á contradecir el parecer del aristocrático y severo dramaturgo italiano, tengo por cierto que jamás hubo poeta ni filósofo de alguna cuenta que, por consideración al tirano, al rey ó al prócer

que le albergaba y mantenía, se dejase en el tintero y no comunicase á los hombres las verdades provechosas por él descubiertas ó las bellezas y primores por él imaginados. Más expuesto se halla á pecar de esta suerte el poeta ó el filósofo que tira á ganar popularidad lisonjeando los instintos y pasiones del vulgo y acomodándose al gusto predominante aunque sea perverso.

Fuerte es contra esto la repulsión de Moratín, que aspira á una noble y elevada libertad en quien escribe. Por lo demás, la verdadera garantía de esa noble y elevada libertad no estriba en que el escritor dependa ó no del favor de los magnates ó del favor del pueblo, sino en la independencia y rectitud de su carácter.

Lo que sí no puede menos de concederse, es que el escritor, y singularmente el poeta que toma el escribir como medio de ganarse la vida, está más expuesto que el que tiene otro oficio á forzar la máquina de su ingenio y á escribir á destajo y con fecundidad artificiosa y violenta.

En todos los géneros esto es muy de temer, pero más que en nada en la poesía lírica. Quintana, pongo por caso, debe su inmortalidad y su mayor gloria á media docena de composiciones, en las cuales, por mucho que las puliese y corrigiese, no pudo gastar más de ochenta días, por donde holgó y prescindió de la profesión de poeta durante más de ochenta años que duró su vida. Lo propio puede afirmarse de no pocos otros grandes poetas líricos que ha habido en el mundo.

Este elevado concepto de la poesía y de su dignidad y nobleza preside á la crítica de Moratín, y justifica la severidad de sus fallos.

En los grandes dramáticos que florecieron en España bajo la dinastía de Austria, así como en el inglés Shakspeare, reconoce Moratín y aplaude casi todos los aciertos y belle-

zas. Apenas hay una que le encubran sus preocupaciones de escuela. Lo que en ellos condena es la precipitación irreflexiva, la forzada abundancia y el escribir sólo por la necesidad ó conveniencia de escribir, á despecho del numen y en ausencia y sin auxilio de las musas.

Lícito es, cuando no se prescinde de la justa proporción, comparar personas y cosas cuya distinta grandeza no impide la semejanza. Así como Cervantes, censurando los libros de caballerías y reprobando sus delirios, nos revela, á cada paso que admira sus bellezas, que se siente penetrado del espíritu poético que en ellos vive, y que al parodiarlos los imita con amor, especialmente el *Amadís* y el *Orlando*, así Moratín, al censurar en la *Lección poética* el drama y la epopeya de los dos anteriores siglos, pinta con tal vivacidad, aunque en cifra, los lances y aventuras del héroe de un imaginado poema épico, que el lector presume que la pintura es bosquejo y no parodia. Tan bella es en todo la *Lección poética*, que tal vez produce hoy un efecto contrario al que su autor se proponió. Yo al menos, lamento á menudo que Moratín no hubiera aceptado alguna vez por guía lo que irónicamente enseña en dicha *Lección*. Entonces tengo por cierto que con su talento, con su arte exquisito y con su acendrado buen gusto, hubiera sacado, del plan que pone en cifra para ridiculizarle, un poema muy entretenido y ameno. De la misma manera, encerrando los preceptos con cien llaves, hubiera podido componer divertidas comedias de magia y dramas de enredos, bizarrías y lances de amor con más corrección, cuando no con vena tan rica como nuestros antiguos autores.

Fué de otro modo. Moratín permaneció fiel á sus preceptos, los siguió en la práctica y con el ejemplo los sostuvo. No hizo así ningún mal, sino mucho bien á la literatura española. No encadenó el ingenio de los que verdaderamente le tenían; antes bien despejó de nieblas la senda que habían



de seguir para lograr el premio que buscaban. No estorbó su *Lección poética* la fecundidad de D. Ramón de la Cruz, ni hizo enmudecer su fama póstuma ni cesar el alto aplauso por él merecido y obtenido, y que en estos días la posteridad confirma, solemniza y sanciona. No impidió tampoco que floreciese más tarde, con original vigor, la inspiración cómica de Bretón de los Herreros, y que, por último, en virtud de una revolución literaria, cuyo primer impulso vino de fuera, si bien tuvo no poco de restauración de lo antiguo, nuestro teatro se levantase de nuevo con el Duque de Rivas, García Gutiérrez y Hartzenbusch, hasta la elevación que tuvo en su edad de oro.

El florecimiento de la cultura española en el reinado de Carlos III no se debió, pues, á impulso venido de fuera ni al favor regio, aunque fué poderoso y benéfico. España renació entonces con fuerzas nuevas; su cultura fué como planta, cuyas raíces vivas y firmemente asidas al suelo retoñan y florecen. Un acto despótico del Gobierno, sacando del mal el bien, hizo patente en Italia que en España no había muerto la vida del espíritu, la cual dió brillante razón de sí en las obras de los expulsados Jesuítas, que en letras humanas, y bien se puede sostener que creando nuevas ciencias, recordaron, hasta cierto punto, la ida á Italia, siglos antes, de los sabios fugitivos de Constantinopla.

Más mesurado que vigoroso fué el numen poético de España al principio de aquel período; pero no mucho después, las conmociones políticas, las ideas de libertad y de progreso y el sentimiento de nacionalidad sobreexcitado por la lucha contra la invasión napoleónica, prestaron á nuestra poesía lírica una elevación, una majestad y un brío superiores á todo lo antiguo, salvo lo inspirado por la fervorosa devoción cristiana y por el misticismo.

En verdad, y no como figura retórica, el cantor de la li-

bertad y de la patria desenterró la lira de Tirteo, y, á la radiante luz del sol, más alto que Simónides en el collado de Antela, la hizo resonar en la cumbre

Del ríscoso y pinífero Fuenfria,

con resonancia inaudita desde la edad clásica de Atenas y Lacedemonia.

Absueltos quedan ya los que en aquellos días de lucha se sometieron mansamente á los invasores ó siguieron con gusto la fortuna del César francés, creyéndolo más ventajoso para su patria. El desdén y la crueldad con que los poderes internos y externos, vencedores del Imperio, pagaron á los patriotas liberales, si no justifica, absuelve á los afrancesados.

Aunque el desarrollo en toda Europa y en las colonias y vastísimas regiones del mundo dominadas ó habitadas por europeos, se hizo sentir y produjo patentes progresos y mejoras en España y en sus dominios coloniales, y aunque es innegable que España, al mediar el siglo que está ahora próximo á su fin, había aumentado su riqueza, su bienestar material y el número de sus habitantes, fuerza es convenir también en que estos aumentos y mejoras fueron harto pequeños en comparación de los que se hacían en otras más felices regiones, por donde nuestro desnivel con ellas se hizo más evidente.

La discordia perpetua entre los partidarios de un antiguo régimen, que tal vez no tuvo nunca existencia real, y de los partidarios de doctrinas nuevas, políticas y económicas, tildadas de subversivas de todo orden, anticristianas é impías, fué rémora de todo progreso é hizo recelar con frecuencia mayores infortunios para la patria. Entonces perdimos nuestro inmenso imperio colonial en América, desde Tejas y California hasta el Estrecho de Magallanes. Hubo guerras ci-

viles que duraron años, que consumieron nuestra actividad y nos empobrecieron: mudanzas frecuentes, conmociones sin fruto, y un pronunciamiento cada año, y motines militares ó civiles cada semana. Rara vitalidad mostró España con no caer más hondo, agitada en opuestos sentidos por tan inútiles convulsiones.

El ingenio español no se debilitó, sin embargo. Su cultivo perdió tal vez en solidez y en método, pero algo ganó en extensión. Se estudió á escape y someramente, pero fué más variado y completo el objeto del estudio. Se descuidó no poco la firme base de una educación clásica, pero crecieron la curiosidad general, el anhelo de investigación y el deseo de alcanzar en su marcha progresiva á otros pueblos más adelantados. La prensa periódica abrió ancha palestra en que la juventud luciese sus facultades mentales. Y, por último, un arte, si no ignorado, poco reconocido y aplaudido antes, la oratoria de la tribuna, apareció entre nosotros con brillantez extraordinaria. La rara facundia de los españoles se ejercitó expresando ideas y pasiones en el más sonoro y majestuoso idioma de la edad moderna.

Contra el torrente invasor de la cultura extraña, contra la admiración, á menudo sobrado humilde y sin crítica, que solía inspirarnos, y contra el afán de remedarla servilmente, se manifestó una reacción provechosa. Se popularizaron en nuevas ediciones las antiguas joyas del ingenio español que estaban arrumbadas y como olvidadas, por donde era su conocimiento algo á modo de ciencia oculta y de tesoro escondido, del que hombres como Gallardo, Gayangos y Serafín Calderón fueron al principio codiciosos acaparadores, luego custodios celosos é iniciadores y divulgadores al cabo.

Tal era el estado de España cuando apareció y resplandeció entre nosotros el último, cronológicamente, de los cua-

tro varones ilustres cuya repatriación y honrosa inhumación en nuestro suelo celebramos hoy.

Las comparaciones son tan difíciles como odiosas, y yo he de esquivar el hacerlas. Valor subidísimo tiene el poeta de las tradiciones, el épico popular D. José Zorrilla. No vale menos el egregio Espronceda, en quien los espíritus de Byron y de Goethe, que á veces penetran en el suyo, no invalidan la propia fuerza y natural virtud que le ponen con frecuencia por cima de sus modelos.

Con nadie, en aquel período, que fué fecundísimo en España de hombres de ingenio, período en que hasta la olvidada ó descuidada filosofía revivió, con no escaso valer, en D. Jaime Balmes, quiero yo comparar ni comparo al Marqués de Valdegamas. Sólo digo que el Marqués de Valdegamas personifica mejor que nadie la agitación de los espíritus y el estado mental y algo febril de España á mediados del presente siglo.

El lirismo en prosa, la exuberancia de flores en el estilo y la propensión á encerrar sintéticamente en las cláusulas ó períodos de un discurso todo lo humano y todo lo divino, componiendo así estupendos y refulgentes cuadros sinópticos, que embelesaban, hechizaban y tal vez deslumbraban á los oyentes ó á los lectores, se había puesto muy de moda en París, y, como todas las modas, había pasado á España. Chateaubriand, Lamartine, Lerminier, Edgardo Quinet, Lamennais, Eugenio Pelletan y otros escritores no menos floridos y pomposos, excitaron nuestra admiración y emulación y nos sirvieron de modelo. Á la verdad que, con tal método, ó más bien con la falta de método que este modo de escribir implica, era punto menos que imposible llevar dialécticamente la convicción al espíritu de nadie; pero el fervor y la grandilocuencia de quien hablaba ó escribía, transfiguraban al orador ó al escritor en algo á modo de

profeta. Así, sus palabras podían hacer más prosélitos y convencidos que lo expuesto con dialéctica, pausa y reposo.

En España se presentaba además un singular fenómeno. El bajo nivel en que nos veíamos con respecto á naciones más adelantadas, las tristezas de lo presente y la corta esperanza en el porvenir encendían en nuestras almas cólera y odio contra lo que estaba vigente, y amor vehementísimo, y á menudo poco razonable, á lo que ya había pasado, aunque no hubiera sido nunca como imaginábamos nosotros. De aquí que muchos autores, hasta cuando eran en la vida práctica y diaria revolucionarios, librepensadores y progresistas, no bien se encumbraban sobre el trípode y se sentían inspirados, peroraban, escribían ó cantaban como si fuesen pecadores arrepentidos y penitentes, y se convertían en reaccionarios. Haciendo pública confesión de sus extravíos, los achacaban á castigo del cielo, porque habían caído en la *funesta manía de pensar* y habían investigado, con soberbia confianza en sus fuerzas, los inescrutables arcanos de la Metafísica, pugnando por averiguar algo de las cosas divinas. Entonces se desataban en diatribas y en insultos ditirámicos contra la Filosofía y contra la ciencia: se mostraban atormentados por la duda, como Prometeo por el buitre que devoraba sus entrañas. Y por último, al notar con dolor el lastimoso desquiciamiento de nuestro país, no desenterraban ya la lira de Tirteo, como había hecho el gran Quintana, sino el arpa del cantor de los trenos, y exclamaban de esta suerte:

¡Ay! Solitario, entre cenizas frías,
Mudas ruinas, aras profanadas
Y antiguos derruidos monumentos,
Me sentaré, cual nuevo Jeremías,
Mis mejillas en lágrimas bañadas,
Y romperé en estériles lamentos.

Arrastrados los espíritus por esta pendiente, nadie se dejó llevar por ella con mayor ímpetu que D. Juan Donoso Cortés. Hubo un temeroso, aunque breve período histórico, en que las revoluciones y trastornos fueron violentísimos, sangrientos y generales, no ya en España, donde por rara contraposición se mantuvo todo en sosiego, refrenado por la mano durísima de un caudillo algo despótico, sino en el Centro y en el Occidente de Europa: en Italia, en Austria, en Hungría, en Alemania y en Francia. Sobre las contendas de razas y de pueblos que reivindicaban su autonomía, y sobre el desbordamiento y el triunfo de la democracia política, apareció la ínfima plebe ansiosa de nivelarlo todo, empeñada en que fuese para ella el provecho de la victoria y amedrentando á la entronizada burguesía, no pocos de cuyos adalides, conductores y maestros, creyeron llegados los tiempos apocalípticos.

El eco más resonante que tuvo este sentir y este pensar, y el monumento á mi ver más duradero y dentro de su condición magnífico y hermoso, fué el libro capital del varón ilustre que recordamos y celebramos ahora: el *Ensayo sobre el catolicismo, el liberalismo y el socialismo*.

No hallar *nada más vil y despreciable que el género humano fuera de las vías católicas*, se aviene mal con aquella exclamación de San Agustín, cuando, sin distinguir cristianos de gentiles, dice: *Gran cosa es el hombre, hecho á imagen y semejanza de Dios*. La corrupción y la caída de nuestra naturaleza fueron grandes sin duda, después de pecar nuestros primeros padres, pero tal vez las exagera Donoso cuando declara imbécil la razón humana y asegura que son invencibles su afinidad con el error y su repugnancia á toda verdad aunque sea evidente. Si nos hundimos en tan negra sima, ¿qué significa ni qué vale *la luz que*, según el Evangelista, *ilumina á todo hombre que viene á este mundo*? ¿Para

qué el raciocinio sino para extraviarnos y matarnos, si la *discusión es la muerte que viaja de incognito?* ¿Cómo suponer que el hombre está tan decaído y degradado, cuando su divino Maestro le aconseja y le alienta para que sea perfecto como su Padre que está en el cielo?

Las reminiscencias del conde José de Maistre perjudican también algo la ortodoxia de Donoso. Es duro creer en la virtud purificante de la sangre derramada; terrible, aunque se tome como mera figura retórica, es la frase de que *el mundo suda sangre bajo la presión divina*; y muy cruel y muy en desacuerdo con el concepto que de la Divinidad deben tener los pueblos cultos, es la afirmación de la conveniencia ó de la necesidad providencial de las guerras y la apología de la pena de muerte y del oficio de verdugo.

No se declara Donoso francamente tradicionalista, pero á veces se nota en lo que afirma el influjo de Bonald y del ya citado José de Maistre. Si el alma humana, ó por naturaleza ó á consecuencia del pecado, es ó resulta incapaz de percibir y de aceptar la verdad trascendente, el grosero sensualismo de Condillac sirve de base á la creencia. Menester es entonces que por medio de la palabra material, que agita el aire y suena en nuestros oídos, ó del signo escrito que hiere nuestros ojos, sepamos del bien y del mal, lo que nos pierde y lo que nos salva, y entremos en comunicación con quien nos ha creado. ¿Cuánto no repugna esto á los admirables arrobos de nuestros místicos, en cuya alma penetra quien lo llena y lo penetra todo, y penetra con mayor intimidad que en los demás seres, y penetra inmediatamente, sin pasar por los sentidos, sino abstrayéndose de ellos, el alma *CON MUERTE que se trueca en vida* y con *encuentro y toque que á vida eterna sabe* y que el amor divino alcanza aun durante nuestra vida mortal, si nos recogemos y nos hundimos en los abismos de nuestra propia mente?

Cuanto aquí va dicho no obsta para que admiremos y celebremos el sin igual talento de Donoso Cortés. Aunque su libro enseñe menos que el más compendioso manual de Teología, es á modo de auto sacramental en prosa, escrito por estilo novísimo; algo como novela, donde los personajes, en vez de ser hombres y mujeres, damas y caballeros particulares, permítasenos tan familiar llaneza en la expresión, son la ciencia, la fe, la gracia, el libre albedrío, la humanidad, los ángeles y Dios mismo. Todo ello está aplicado á la política y vale para confundir y anatematizar á los socialistas y para burlarse con aceradas y punzantes burlas del Sr. Guizot y de los doctrinarios. Contra éstos emplea Donoso un tesoro de agudezas y arroja un torrente, un mar de sublimes invectivas. Son una secta que nunca afirma ni niega, que siempre dice *distingo*, y que aburre y hace perder la paciencia al pueblo, á quien, por lo visto, no le sobra. Así es que, *apremiado por todos sus instintos, llega un día en que se derrama por las plazas y las calles pidiendo á Barrabás ó pidiendo á Jesús resueltamente y volcando en el polvo las cátedras de los sofistas.*

Después del triunfo del pueblo, después que ha logrado que le suelten á Barrabás los conservadores, que hacen el papel de Pilatos, Donoso describe la abominación de la desolación y vaticina el castigo severísimo é inminente de las muchedumbres entregadas al sangriento retozo de sus detestables orgías. En veinte ó treinta renglones, merced á la capacidad sintética y á la concisión de su estilo, traza Donoso un epítome de Historia universal para que veamos de qué suerte castiga Dios al pueblo, engraido cada vez que se subleva, incurriendo en paganismo ó idolatría. Primero le hace caer y ser pisoteado por los tiranos babilónicos; luego, engañado por los sofistas; después, sujeto á Calígula y á otros varios y sucesivos tiranos, todos, por supuesto, me-

nos infames y malvados que el pueblo mismo. Y Donoso anuncia, por último, que el paganismo novísimo se despeña en más hondo y obscuro precipicio, y que tal vez se remueve ya en el cieno de las cloacas sociales el que ha de ajustar á su cerviz el yugo de sus impúdicas y feroces insolencias.

Claro está que á mí, que no soy definidor ni censor eclesiástico, y sé poco ó nada de teología, no me incumbe decir aquí, ni está bien que diga, si cuanto dice Donoso está ó no está en desacuerdo con la doctrina ortodoxa. Yo quiero suponer que lo está, y que si á veces parece no estarlo, es por cierta intrepidez arrogante de las sentencias y por la pomposa, vehemente y enfática exageración de las cláusulas y períodos. Por lo demás, en esta Academia, que no es de ciencias, sino de literatura y de lenguaje, debemos limitarnos á estudiar y apreciar el mérito filológico de un libro, considerándole sólo como obra de arte, como primoroso dechado que la palabra teje y borda, como poema en prosa y casi como obra de mero entretenimiento.

Puesta tan prudente limitación, bien podemos, sin escrúpulo de conciencia y sin el menor recelo de encomiar algo que tenga visos y vislumbres de herejía, elevar como elevamos hasta más allá de las nubes el valer y la importancia del libro de Donoso: elocuentísima manifestación del espanto de las clases media y privilegiada, no sólo en España, sino en toda Europa, durante la tremenda revolución, en cierto modo cosmopolita, de mediados del presente siglo. Y más pueden crecer, y crecen nuestra admiración y nuestra alabanza al notar el arte con que el libro está hecho y la magistral trabazón de todas sus partes en armonioso conjunto. Proudhon, que inspira á Donoso y le estimula con el deseo de contradecirle, si bien no es menos disertó, queda por bajo en la nerviosa concisión del estilo y en el metódico

encadenamiento con que Donoso lo enlaza y ordena todo al fin que se propone.

La Teología es la ciencia de las ciencias, la que se aplica á todo, y de la que dependen la prosperidad ó la desventura de las sociedades, según que la Teología, que les sirve de base, sea verdadera ó falsa, divina ó diabólica. Poco importa que Donoso, impulsado por su amor á la paradoja, llegue á debilitar su argumentación con ejemplos contraproducentes. Su argumentación es en lo sustancial atinada. Nos mueve un tanto á risa, y nos sorprende la curiosa noticia de que el ladino y travieso Alberoni, en el supuesto de que fué eminente político y hombre de estado, lo debió todo á la mucha teología que estudió y supo, lo cual sólo se concedería si con irrespetuoso desenfado aplicásemos á cierta teología el mismo epíteto que aplicamos en broma á la Gramática, llamándola *parda*. Pero nada invalida ni obscurece lo dicho la verdad de que, siendo el catolicismo la definitiva religión del humano linaje, contiene y enseña, por medio de su Iglesia, con magisterio perpetuo é infalible, la más elevada metafísica y la moral más pura, fundamento sólido de todas las buenas artes con que los estados se gobiernan.

En este punto, Donoso es admirable, ya cuando ensalza á la Iglesia en elocuentísimo y sentido panegírico, ya cuando, en los últimos capítulos de su libro, donde por la fe ardiente y por la profunda sinceridad de sus convicciones no disuena el arrebató lírico en prosa, nos habla de los encumbrados é inefables misterios de la Encarnación y de la Redención, y de cómo el amor divino llamó á sí y rehabilitó al sér humano, restaurando el esplendor y la limpieza de las cosas todas decaídas y deslustradas por la primera culpa.

Las alabanzas que acabamos de dar á los varones ilus-

tres cuyo mérito recordamos hoy, alabanzas que el entusiasmo no ha encarecido, sino que tal vez pequen, porque la crítica las escatima, demuestran á las claras la no interrumpida persistencia del ingenio español y de su cultura hasta la edad presente. No ha menguado, por cierto, ni ha envejecido, ni ha perdido su fuerza, ni su virtud creadora, el gran sér de nuestra raza.

La decadencia política ha ido, no obstante, siendo mayor y más sensible cada día. No recordaría yo aquí nuestros últimos y grandes infortunios, si no fuese por la influencia que han ejercido y ejercen en el movimiento intelectual, por el abatimiento pesimista que nos infunden, y por las manías malsanas con que perturban no pocos espíritus.

Nuestro orgullo, que se extendía sobre toda la raza, en toda la prolongación de su historia y por cuantas regiones nuestra raza ocupó y dominó, llevando á ellas su civilización, sus creencias y su lenguaje, se ha reconcentrado hoy en pequeños espacios. Menospreciando cuanto es español en actualidad, ó por procedencia y origen, hemos amontonado en una sola región, y en las gentes que la habitan, las excelencias y perfecciones que pudieran atribuirse á todas. De aquí que los que ya en cada región imaginamos ser los únicos excelentes, estimemos desventura el haber estado unidos y el seguir unidos á los que valen mucho menos, y cuya estupidez ó perversidad es causa de nuestro atraso, rémora de nuestro progreso y cadena que nos ata, que reprime nuestro vuelo y que no consiente que subamos á las luminosas alturas de saber, de poderío y de riqueza, adonde se han encumbrado otros pueblos más felices; otras razas en su totalidad superiores á la nuestra. Esta enfermedad mental que se llama regionalismo, tira más ó menos des-
embozadamente á ser separatista.

Es innegable que las colonias se emancipan y no pueden

menos de emanciparse cuando llega el prescrito y determinado momento; pero en la prematura emancipación de las nuestras han entrado por mucho, á mi ver, la exagerada estimación propia y exclusiva y el injusto desprecio de todo el resto de la nación ó de la raza á que pertenecemos.

Hoy, no ya en tierras remotas que nuestros misioneros, soldados y políticos civilizaron edificando en ellas hermosas ciudades, cultivando sus campos y convirtiéndolo todo á vida ordenada y política, sino dentro de la Península misma empieza á dar muestras de sí la enfermedad que deploro.

No debe ser motivo de envidia, enemistad ó ruptura, sino prenda de mayor afecto ó estimación hacia aquellos con quienes estamos unidos, que se aumente el tesoro de la literatura patria con novelas como las de Narciso Oller y con dramas como los de Angel Guimerá. Toda España debe jactarse de Mosen Jacinto Verdaguer, como de Mistral Francia, y como Italia de Meli. El esmerado cultivo de idiomas gloriosamente literarios en otra edad y descuidados más tarde, merece alto aplauso si sólo es signo de exuberante vigor mental y lujo de expresión y de pensamiento; pero este esmerado cultivo adquiere aspecto ominoso si le inspiran el exclusivo amor y la exagerada estimación de la patria chica y el menosprecio de la grande. El recuerdo de las glorias y de las grandezas que por separado alcanzamos, no debe menoscabar el concepto de las glorias y de las grandezas que alcanzamos unidos, y que, si no llegamos á separarnos, podremos y deberemos alcanzar todavía.

A quien no está muy lucido le conviene ser prudente, resignado y hasta humilde; pero la humildad no debe tocar en extremo vicioso. Y el afán de regeneración que hoy nos abrumba, va convirtiéndose ya en pesadilla insufrible y harto humillante. No se habló de regeneración en Zaragoza, cuando sus heroicos hijos la defendían contra los franceses.

Nadie en el Transvaal habla de regeneración en el día. Quien aspira á regenerarse empieza por creerse degenerado, y esto á nada bueno conduce. No hay que creerlo, aunque desde Londres nos lo digan.

Ni menos hay que acusarnos de que para poco ó para nada hemos valido nunca: de que no hemos sido, por ejemplo, hábiles colonizadores, cuando hemos civilizado, colonizado y dominado, durante cerca de cuatrocientos años, casi todo el mundo que se extiende entre el Atlántico y el Pacífico. Del fecundo seno de España han salido las repúblicas independientes que allí existen ahora y donde hay, acaso, hasta cuarenta millones de hombres que no han renegado de la casta á que pertenecen por adopción ó natural origen y que hablan la lengua castellana. No hemos de temer que alguien se los trague por voraz y fuerte que sea. Ni hemos de temer tampoco que la madre que les dió el sér muera de consunción ó hecha pedazos. Cállense, pues, los curanderos que la suponen moribunda y que pretenden sanarla.

Yo, entretanto, como ignoro la Teología, que sirve, según Donoso, para gobernar los estados, y como ignoro también la partida doble y la aritmética mercantil de los que se empeñan hoy en regenerarnos, pienso á mis solas que lo mejor es callarse y no alborotar para que la patria se restablezca y recobre sus bríos con sólo vivir tranquila, sin incesantes trastornos y disparatadas mudanzas.





FUNDACION UNIVERSITARIA SAN PABLO CEU



7076714

